

María
Oruña Un lugar a
donde ir

DESTINO

Un lugar
a donde ir

María
Oruña

Un lugar a donde ir

María
Oruña

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1392

© María Oruña, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-233-5185-5
Depósito legal: B. 1.288-2017
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para Alan, que sin pretenderlo me enseñó nuevos caminos.
Y para todos los Juan Salvador Gaviota del mundo*

El viajero del Sótano de las Golondrinas

Primera reflexión

Nuestro mundo es solo un envoltorio, una cáscara delgada y fina que esconde un enorme útero de piedra donde se guarda el secreto de lo que somos. El interior de la Tierra es húmedo, caliente e incógnito, como otro planeta en el que retorcidas venas huecas y pétreas perfilan caminos hacia el misterio, el origen y la verdad.

Siempre me ha parecido de una simpleza abrumadora dirigir la vista solo hacia arriba; hacia lo visualmente inmediato —lo obvio— y todo lo imaginario que lo acompaña: las estrellas y los planetas, los extraterrestres, los meteoritos y los agujeros negros... ¿No habría que estar ciego para no comprender que la verdad de lo que fuimos y de lo que somos se encuentra sembrada bajo la propia corteza del mundo y en la vida intraterrestre?

Mi princesa tuvo la audacia de intentar comprenderlo. La observo y me detengo por unos segundos, fascinado por su belleza, por su melena larga y rubia, ondulada como suaves dunas de agua. Seducido por su mera presencia, que me impone el máximo respeto, aunque, al fin y al cabo, hayan sido su inteligencia y su curiosidad —y también mi estupidez—, las que han hecho que ahora esté muerta. Cierro sus ojos y acaricio su delicada figura con la mirada. Cuánto lo siento, princesa. Esto no tendría que haber pasado. Pero no puedo detenerme ahora, todavía no; a pesar de esta nueva angustia, de esta tristeza que me estrangula por dentro, debo continuar hasta el

final. Te debo este último homenaje, amor. No te abandono, te reverencio en el centro de esta diana perfecta: tres ondas de agua que se forman tras arrojar una piedra en un charco de tierra. Te encontrarán por la mañana y creerán que eres un sueño, un hermoso tulipán blanco que encaja a la perfección con este lugar, que acariciabas en sueños. Hasta la vista, princesa.

I

—¿Por qué, Juan, por qué? —preguntaba su madre—. ¿Por qué te resulta tan difícil ser como el resto de la Bandada, Juan? [...]

— [...] Solo pretendo saber qué puedo hacer en el aire y qué no. Nada más. Solo deseo saberlo.

Juan Salvador Gaviota, RICHARD BACH

Oliver Gordon era consciente de haber cambiado radical y deliberadamente el rumbo de su vida, y le caía bien el extraño en que se había convertido. Se sentía satisfecho de sí mismo: sabía que la mayoría de las personas deseaban una llama, un momento brillante en sus vidas, pero muchas se limitaban a envidiar la chispa de otros y a contemplar su brillo desde lejos por pura prudencia. Sin embargo, él había asumido todos los riesgos, y eso le había hecho más fuerte.

Eran las ocho menos cuarto de la mañana de un lunes del mes de febrero de 2014. Oliver preparaba el café, y acompañaba la tarea con un suave silbido, alegre e improvisado, que iba adaptando a la música que sonaba en su reproductor; ahora, James Blunt con su *Bonfire Heart*, que se amoldaba exactamente a sus pensamientos: por fin había llegado su turno. Sentía que estaba en el lugar correcto, en el momento adecuado y que solo él era el responsable de su situación. Esta libertad de pensamiento, de movimiento, le resultaba tan novedosa que solo en este período de su vida comprendía que antes, incluso en su pasado inmediato, había sido libre solo a medias, porque se había limitado a dejarse moldear por la corriente.

Llevaba ya más de medio año viviendo en Suances, un acogedor pueblo costero que se dibujaba en el mapa de Cantabria entre acantilados, prados y arena. Era lon-

dinense de nacimiento, aunque tenía el corazón dividido entre Escocia e Inglaterra. Oliver, que había cumplido treinta y seis años, había decidido arrojar por la borda su vida anterior para concederle un margen a la posibilidad de algo mejor, así que había abandonado Inglaterra para empezar de nuevo en Villa Marina, la magnífica mansión colonial que había heredado de su madre y que se encontraba a los pies de la recogida playa de la Concha.

Vivía en la singular cabaña que antiguamente ocupaba el servicio y en cuyo exterior, entre madera y piedra, se mezclaban los estilos montaños y canadiense. Aunque desde la entrada de la finca no lo aparentaba, la cabaña disponía de dos plantas bien aprovechadas que se disimulaban gracias al desnivel del terreno.

—Chef, se te va a quemar el tocino.

—¿El qué? ¡Aaah! —gritó Oliver.

Retiró la sartén de la vitrocerámica al tiempo que hacía una mueca de teatralizado disgusto a Valentina que, ya vestida, se acercaba a él con una sonrisa. Ella se había dado una ducha rápida y dejaba a su paso una fragancia ligera y fresca.

—Ya que me obligas a desayunar al estilo británico y me embutes de calorías, lo menos que podrías hacer es no incendiar la cocina —lo reconvino divertida.

Valentina abrazó a Oliver por la espalda y, deteniéndose en el abrazo, se puso de puntillas y lo besó en la nuca.

—Lo intentaré —contestó Oliver, que se dio la vuelta y le devolvió el achuchón rozándole los labios con los suyos para, finalmente, darle a Valentina un fugaz beso de esquimal—. Pero le advierto, señorita, que si sigue distrayendo al jefe de cocina será severamente castigada.

—Y yo le advierto que soy teniente de la Guardia Civil y voy armada.

—Mucho más interesante, *milady*, así tendremos la acción asegurada. Por cierto, espero que no te dé un patatús, pero...

—¿Patatús? Vaya, ¡parece que te vas adaptando al vocabulario local! —se burló ella refiriéndose a ese español tan estricto y pulcro de Oliver, del que progresivamente se iba desprendiendo.

—Ya ves, localicé la palabra en el diccionario, justo antes de «siroco» y «telele»; así puedo elegir cada vez que tengo que ir a ver una obra de teatro de tu colega Sabadelle.

—Qué desagradecido. Con lo bien que hizo de Nerón la semana pasada.

Se referían al subteniente del equipo de investigación de Valentina, un hombre bajito, con cierto sobrepeso y malhablado que dedicaba su tiempo libre al teatro. Valentina y el subteniente Sabadelle no siempre se habían llevado bien; de hecho, seguían teniendo roces, lo que evidenciaba cuánto le molestaba a él que ella —mujer y más joven— fuese su superior en la Sección de Investigación de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial —la UOPJ— de la Guardia Civil de Cantabria, en Santander.

—A ver, dime —suspiró Valentina con aire suspicaz—. ¿Por qué tenía que darme un patatús?

Oliver señaló con un gesto la mesa de la cocina, sobre la que se apilaban, en desorden, varios libros y algunos cedés de música. Todo el mobiliario tenía un toque colonial desgastado, británico y funcional, así que aquel ligero desorden le añadía cierto encanto a la vivienda. Valentina suspiró por segunda vez mientras contemplaba aquel desastre. Oliver le dio la espalda para seguir cocinando; luego, siguió hablando:

—Dile a tu amiguito TOC que se haga el despistado, que para un par de tazas y platos tenemos hueco.

—Mi TOC, dice —murmuró Valentina hablando consigo misma; acto seguido elevó el tono y se dirigió a él—. De todos los trastornos obsesivos compulsivos, listillo, el mío es de los más encantadores.

—Si tú lo dices...

—Orden y limpieza: no es para tanto —replicó ella con una sonrisa al tiempo que colocaba los libros perfectamente alineados y volvía a repetir, casi en un susurro: «No es para tanto».

Oliver la observaba y negaba con la cabeza poniendo sus ojos azules en blanco; había renunciado a corregirla, así que siguió con su tarea de cocinero mientras desviaba su vista de vez en cuando hacia la ventana. Tras ella, un porche con vigas y cubierta de madera miraba hacia la playa y el mar, donde la escarpada isla de los Conejos rompía ininterrumpidamente las mareas.

Pasaron unos minutos en silencio, y él volvió a observar a Valentina, que terminaba de ordenar la mesa. Oliver contempló su belleza humilde y sencilla, sin artificios ni maquillaje, absolutamente natural; y admiró de nuevo su mirada gatuna, inteligente y comedida, pero también insólita: un ojo verde brillante, cristalino y seductor. El otro, negro y opaco, como el tizón de una hoguera que, sin embargo, guarda dentro astillas incandescentes y brillantes. La obsesión por el orden y el control de Valentina tenía su origen en el día en que aquel ojo verde se había vuelto oscuro e indescifrable. Habían pasado muchos años, pero la cicatriz de aquel día y, sobre todo, de aquella noche, seguía en la mirada de la teniente.

Oliver saboreaba ahora momentos de serena, tranquila y moderada felicidad; incluso la gran casona de Villa Marina, a pesar de tener solo nueve dormitorios dobles disponibles, estaba cumpliendo sus expectativas hosteleras con creces: el joven inglés había ideado su reforma para convertirla en un pequeño hotel con encanto; además, gracias a sus contactos con la University College de Londres —donde había sido profesor de filología hispánica—, también pretendía que fuera un punto de referencia para los estudiantes extranjeros que desearan mejorar su español. Sin embargo, Oliver no había imaginado encontrarse, durante la reforma de la casona, seis meses atrás, con el inquietante cadáver de un bebé momificado.

Aquel diminuto cuerpecito había dado un latigazo al silencio, al olvido y a los secretos para convertirlos en ruido, recuerdo y verdad. Gracias a lo que había ocurrido entonces había conocido a Valentina y había descubierto su sorprendente historia familiar.

Quizás todo fuese cuestión de actitud, de determinación: se estaba adaptando muy bien a su nueva vida. Además, y gracias a la recomendación de su antigua universidad británica, Oliver había terminado colaborando con la Oficina de Relaciones Internacionales de la Universidad de Cantabria, en Santander, y dos mañanas a la semana impartía clases en la Facultad de Filología, en un máster de aprendizaje y enseñanza de segundas lenguas.

—Venga, siéntate, que esto ya está listo —anunció Oliver a Valentina.

Se dirigió hacia ella cafetera en mano. Valentina miró por la ventana. Ya había amanecido, pero aún parecía de noche y hacía frío; las ventanas, ligeramente empañadas, confirmaban la evidencia. Estaba siendo un mes de febrero ligero, sin un frío radical y sin las lluvias incesantes del mes anterior, pero la humedad y una ya habitual y persistente neblina hasta media mañana hacían que la sensación térmica fuese gélida.

En el reproductor de música, tras la canción de James Blunt, comenzaron a escucharse los primeros acordes, en acústico, de *Did You Hear The Rain*, de George Ezra. Su voz, con apenas veinte años, sonaba como un disparo, inesperadamente poderosa, adulta, desnuda y gruesa, y calaba en el ánimo como un trueno. La canción hablaba de alguien que regresaba a su hogar con ánimo de venganza; o de justicia, quizás. Es difícil a veces ordenar a nuestros demonios que nos abandonen, porque para liberarse solo saben ir por nuestro propio camino, que es el de vuelta a casa. Justo cuando Valentina daba su primer sorbo de café, comenzó a vibrar su teléfono móvil.

—¿Caruso? —se preguntó Valentina en voz alta, ex-

trañada, al ver ese nombre en la pantalla del teléfono. Descolgó al momento, apurada por una sensación de gravedad. El capitán Marcos Caruso no la llamaría tan temprano salvo que hubiese ocurrido algo importante.

—Redondo, perdona que te llame a estas horas. ¿Estabas despierta?

—Sí, capitán, preparándome para salir hacia la Comandancia.

—Bien, porque tenemos un nuevo asunto del que quiero que te encargues; ah, y te pido, especialmente, total discreción. ¡Discreción, Redondo! ¿Me oyes? ¡Discreción!

—Mi capitán, no me consta que haya habido nunca filtraciones desde mi Sección, yo...

—Ya, joder, Redondo, si no digo que andéis colando datos a la prensa, pero, después de lo del año pasado en Suances, no quiero que la zona parezca un escenario habitual del crimen —le aclaró. El capitán aludía a la cadena de asesinatos relacionados con Villa Marina que Valentina y su equipo habían tenido que resolver hacía solo unos meses—. Voy a tener a los concejales de turismo y a los alcaldes de la zona dándonos la tabarra, así que a ver si somos capaces de resolver esto rápido y sin mucho ruido.

Valentina suspiró en silencio. Sabía que ese «a ver si somos capaces» no incluía, en realidad, al capitán, a excepción de las llamadas de rigor que él le haría para presionarla y conseguir una solución rápida que, además, fuera cómoda para los políticos y la prensa. El capitán Marcos Caruso, de ascendencia italiana, moreno, de casi cincuenta años y con un porte bastante atlético para su edad, no era un mal capitán: le dejaba a Valentina margen de maniobra y confiaba en su capacidad de decisión y en su inteligencia; pero Caruso no se olvidaba de otros estamentos de la Comandancia ante los que él mismo tenía que responder, de modo que su flexibilidad no era ilimitada; además, tenía cierto apego a las condecoracio-

nes, al reconocimiento militar y, especialmente, al trabajo de despacho en detrimento del trabajo de campo.

—Señor, yo...

—Sí, que sí, Redondo, que no me digas nada. Si ya sabemos todos que eres el máximo de la eficiencia, pero lo que ha pasado es lo bastante insólito como para que salgamos mañana en la prensa nacional. Y, si te descuidas, en la internacional. Y entonces aquí ya sí que no iba a parar de sonar el puto teléfono... el sùmmum de los colmos. Como si tuviésemos ya poco que hacer, no sé si me explico.

—Capitán... Claro, pero ¿qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado, teniente? Que nos van a joder las vacaciones de Semana Santa como no encontréis pronto a quien se ha ventilado a una muchacha en el barrio de la Gándara, que está por... A ver, déjame leer... Hinojedo, en el municipio de Suances.

—¿En Hinojedo? Pero cómo, señor, ¿un asesinato? ¿De una mujer?

—De una mujer exactamente no, o sí, pero vestida de princesa y colocada sobre unas ruinas medievales. Vamos, de lo más retorcido. Nos ha llamado a la Comandancia el cabo Maza, del cuartel de Suances, pensando que se había encontrado a Isabel la Católica, hay que joderse. Hemos enviado a la Patrulla Ciudadana para que haga el reconocimiento in situ, y han confirmado que al parecer tenemos allí a la Bella Durmiente. No sé qué desayunan estos chavales del cuartel, Redondo, espero que a los tuyos los tengas más espabilados.

¿Una princesa? ¿Ruinas medievales en Hinojedo? ¿El cabo Maza? Por lo que Valentina había podido conocer de él el año anterior, era un muchacho bastante cabal y eficiente. No le cuadraba que dijese barbaridades a la Comandancia de Santander de forma gratuita. Además, la Patrulla Ciudadana refrendaba sus palabras, en este caso.

—Mi capitán, me encargaré de inmediato. Llamaré ahora a Riveiro y a los demás, si le parece.

—Sí, claro; organiza tu equipo como consideres. Tenme informado. Recuerda: el *display*, ¿eh? Siempre atenta al *display*, teniente, ¿estamos?

—Estamos, capitán —suspiró abiertamente Valentina. Sabía que el *display*, para el capitán Marcos Caruso, no era otra cosa que la pantalla del teléfono móvil. Responder siempre a sus llamadas y mensajes, estar atenta. Colgó tras una fugaz despedida a su superior y, de inmediato, sonó de nuevo su teléfono móvil. El dichoso *display* decía que era el sargento Jacobo Riveiro, su mano derecha, quien la llamaba. Valentina, por su rango, imponía la pauta en las investigaciones, pero Riveiro, gracias a su templanza y a la experiencia que le daba su edad, era para la teniente uno de los compañeros más valiosos, no solo de su propia Sección, sino de toda la Comandancia.

—Teniente, buenos días.

—Hola, Riveiro, iba a llamarte. Acabo de hablar con Caruso.

—Entonces ya lo sabes.

—¿Lo del cadáver que tenemos esperándonos en Hinojedo? Sí, para eso me ha contactado. Si me llamas tú también a estas horas, es que ya te han informado. ¿Quién te lo ha dicho?

—El cabo Maza. Me ha llamado hace unos minutos alucinado con lo que tienen allí.

—Pues cuéntame, porque Caruso no ha entrado en detalles; de momento solo le preocupaba que tuviésemos controlada a la prensa.

—Ya, lo de siempre. Te cuento: encontraron el cadáver de la mujer cerca de Masera de Castío, en Hinojedo.

—¿Masera de Castío? ¿La montaña? —Se sorprendió Valentina, que meses atrás había visto cómo, en cierto modo, aquella singular elevación de terreno la acompañaba durante sus investigaciones.

—La montaña, en efecto. En un lugar que se llama la Mota de Trespalacios. ¿Te suena?

—¿Trespalacios? No. De nada.

—Lo imaginaba. La verdad es que yo tampoco lo conocía. Como te he dicho, está cerca de Masera de Castiío; yo saldré ahora para allí, en cinco minutos. De todos modos, habrá algún guardia del cuartel de Suances esperándonos en la carretera general.

Valentina asintió, y comenzó a materializar en palabras las cuestiones que empezaban a atropellarse en su cabeza:

—Vale, pero... ¿qué cree Maza que ha pasado? ¿Un robo con homicidio, violencia de género...? ¿El cadáver tiene signos de agresión? Dime, ¿qué te ha dicho exactamente?

—Pues... a ver... —comenzó a decir el sargento despacio, como rebuscando las palabras, mientras Valentina esperaba, extrañada, a que brotase la voz de ese murmullo titubeante. Por fin, Riveiro siguió hablando—: Según Maza, lo que tienen ante ellos es una especie de princesa medieval.

—¿Cómo? A ver... ya, eso es lo que me ha dicho Caruso, pero... en serio: ¿una princesa medieval? —repitió con sorna Valentina. Estaba atónita y había enarcado las cejas.

—Bueno, algo por el estilo. Una mujer vestida a juego con el castillo que debió de haber allí hace siglos. Dice el cabo que parece Ginebra, la mujer del rey Arturo.

—Ginebra, la mujer del rey Arturo —volvió a repetir lentamente Valentina, pronunciando con detenimiento cada sílaba. Hizo una pausa para reflexionar y continuó con tono escéptico—: No te refieres a una mujer disfrazada, ni a una momia del medievo, entiendo... Sino a un cadáver fresco que parece salido de hace siglos. ¿Correcto?

—Correcto.

—Y dices que está sobre las ruinas de un castillo o algo similar, ¿no?

—Sí, exacto. Ahí está también el quid de la cuestión. Resulta que la Mota de Trespalacios es una construcción

medieval circular que, al parecer, es bastante poco habitual por aquí. Y solo quedan los restos, una especie de base redonda con fosa que sobresale del terreno... algo así me ha contado Maza por teléfono; la verdad es que no lo he entendido muy bien, no tenía ni idea de que eso estuviese ahí.

—Yo tampoco —reconoció Valentina—. Pero vamos a ver, ¿cómo han encontrado el cadáver? —resopló Valentina, al tiempo que compartía una mirada de incredulidad con Oliver, que seguía desayunando tranquilamente, aunque atento a la conversación.

—Ha sido un jubilado que paseaba al perro por la mañana el que se ha tropezado con el pastel y ha llamado al cuartel de Suances. La mujer estaba a la vista, tendida justo en medio del círculo de las ruinas, como si estuviese dormida.

—Joder. ¿No será un crimen ritual?

—Ni idea. Lo veremos ahora, supongo. Ya han avisado al SECRIM, al juez y a la forense, en fin, a toda la Comisión Judicial; también han acordonado la zona, que tiene casas cerca.

Valentina suspiró y se levantó e hizo una breve pausa para dar un sorbo a su café antes de continuar hablando:

—Riveiro, mal vamos cuando un cabo no sabe distinguir una princesa medieval de una mujer disfrazada... De todos modos, avisa al resto del equipo; los que estén disponibles, que vengán, echaremos un vistazo y esperamos hasta que terminen los del SECRIM —concluyó, haciendo alusión al Servicio de Criminalística, que procesaría la zona, y al equipo de la Sección de Investigación que ella misma dirigía, en el que trabajaban el sargento Riveiro, el subteniente Santiago Sabadelle, el cabo Roberto Camargo y los agentes más jóvenes, Marta Torres y Alberto Zubizarreta.

—Sabadelle ya está avisado, vendrá conmigo —confirmó Riveiro a la teniente—. El resto, en principio, tenía previsto terminar esta mañana el tema de Liérganes en la Comandancia.

—Es verdad, los informes... —asintió Valentina, que, absorbida por los matices medievales del nuevo caso, había olvidado momentáneamente la burocracia pendiente de un asunto anterior que estaban cerrando—. Sí, que terminen con ese expediente, pero que los informen del nuevo caso; después ya nos reuniremos todos en mi despacho.

—Bien. ¿Voy para la Mota, entonces?

—Sí, Riveiro, ve para allá. Yo saldré en cinco minutos.

—Eh... Vale, pero ¿estás aquí o en Suances? —preguntó, tímido, a pesar de los años de confianza que tenía con Valentina; sabía que ella podía estar en su apartamento de Santander o en Villa Marina con Oliver, con quien había iniciado su relación hacía seis meses.

—En Suances, así que creo que llegaré enseguida.

—Bien. Nos vemos allí, teniente —concluyó Riveiro despidiéndose.

—Conforme, hasta ahora. —Colgó el teléfono y se volvió hacia Oliver, que la miraba con una sonrisa y aguardaba expectante. Él se había acostumbrado a escuchar las conversaciones de Valentina con sus subordinados y a enterarse, de soslayo, de datos de crímenes sórdidos vinculados a drogadictos, mujeres maltratadas y prostitución; de modo que, frente a lo áspero, cruel y miserable del crimen corriente, aquello le pareció sugerente y literario.

—Así que mientras yo ejerzo de hostelero y de reputado y aburrido profesor, resulta que tú vas a arrancar el día investigando a una doncella del rey Arturo. Esto es completamente injusto —se quejó, al tiempo que empujaba el plato con tocino y huevos revueltos hacia Valentina.

Ella sonrió sin ganas, pensativa: a pesar de su evidente escepticismo, el hallazgo de la «princesa medieval» había hecho germinar en ella la curiosidad. Sin embargo, fuese una dama del medievo o una mujer del siglo XXI, el hecho objetivo era que la chica que habían encontrado

estaba muerta, de modo que la teniente Redondo no pudo evitar que la intriga que le planteaba el caso pasase a un segundo plano, barrida por una creciente e inesperada sombra de inquietud.